

Historia y comunicación social

ISSN: 1137-0734

<http://dx.doi.org/10.5209/hics.72269> EDICIONES
COMPLUTENSE

La imagen del antifascismo. La representación propagandística del enemigo del Frente Popular en el estallido de la guerra civil española

Francisco Sevillano¹

Recibido: 9 de abril de 2020 / Aceptado: 16 de octubre de 2020

Resumen. Este trabajo tiene por objeto el análisis de la propaganda republicana y obrera en España tras el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 y el estallido de la guerra civil. En este estudio se destaca sobre todo la importancia de la representación del «enemigo» en la construcción de una «cultura de guerra», señalándose los principales procedimientos semánticos y discursivos que empleó la prensa al respecto.

Palabras clave: España; Siglo XX; Guerra Civil; propaganda; prensa; cultura política.

[en] The image of anti-Fascism. The propaganda representation of the enemy of the Popular Front at the outbreak of the Spanish Civil War

Abstract. The purpose of this paper is to analyze the republican and worker propaganda in Spain after the coup d'État of July 18, 1936 and the outbreak of the civil war. This study highlights above all the importance of the representation of the "enemy" in the construction of a "culture of war", pointing out the main semantic and discursive procedures used by the press in this regard.

Keywords: Spain; 20th century; Civil War; propaganda; press; political culture.

Sumario: 1. Introducción. 2. La representación del «enemigo» en el antifascismo. 3. La imagen del «rojo». 4. Conclusión: imágenes invertidas de una guerra. Bibliografía.

Cómo citar: Sevillano, F. (2020). La imagen del antifascismo. La representación propagandística del enemigo del Frente Popular en el estallido de la guerra civil española. *Historia y comunicación social* 25(2), 369-378.

1. Introducción

Los sucesos del golpe de Estado del día 17 y el 18 de julio de 1936 en España, que desencadenó una parte de la oficialidad del Ejército contra el gobierno del Frente Popular, entonces presidido por Casares Quiroga, quebraron el Estado de derecho sin conseguir la ocupación del poder en la República. El fracaso parcial de la rebelión militar provocó una situación de guerra, en la que la ocupación de la capital, Madrid, continuó siendo el objetivo primordial de los sublevados. El golpe de fuerza contra el orden político establecido, y la guerra que provocó, motivaron que las ideas propagadas desde ambos bandos esgrimiesen la legalidad y la legitimidad de sus respectivas causas en conflicto, republicana y «nacional», de manera inextricablemente unidas a la construcción imaginaria del «enemigo».

La atención a los aspectos culturales de la guerra civil, que entran en la movilización colectiva y las experiencias individuales en una representación común que da sentido a la realidad, ha permitido prolongar el estudio de los medios de comunicación —sobre todo la prensa y el cine— y la política de información. En una vuelta de tuerca, puede entenderse que el estudio de la propaganda no se limita al análisis de los medios que constituyen el canal por el que se difunden los mensajes². La propaganda funciona a modo de un pseudo-ambiente que, como procesador de la realidad, hace que los discursos propagandísticos sean activas metáforas que traducen las experiencias en nue-

¹ Universidad de Alicante.
fr.sevillano@hotmail.com

² De acuerdo con el modelo magistral de análisis ajustado a las tres etapas de la comunicación social (¿Quién dice qué, a quién, en qué canal y con qué efecto?), que fuese propuesto por Harold L. Lasswell, 1948, y que ya estimuló la metodología de trabajos sobre la propaganda de guerra, como puede verse en el balance que hiciera Pizarroso Quintero, 1999. Sobre la historia general de la propaganda, hay que citar Pizarroso Quintero, 1990.

vas formas de identificación colectiva e interdependencia social³. Así, el propósito de este trabajo es mostrar cómo la propagación de estas imágenes por ambos bandos en la guerra de España fue adoptando la forma de «culturas de guerra» confrontadas⁴. Tan importante como la movilización militar fue la movilización cultural desde el primer momento del estallido de la guerra, entendiendo por cultura de guerra el imaginario sobre el conflicto, a través de representaciones colectivas y los sistemas de creencias y valores que daban lugar a estas. La movilización militar fue, así pues, un proceso esencialmente político y cultural. En este sentido, se analiza particularmente en el presente estudio cómo los valores e ideas propagadas por el discurso político republicano estuvieron enlazados esencialmente con la construcción imaginaria del enemigo en forma de estereotipos, de ideas preconcebidas, ya desde el propio golpe de Estado del 18 de julio de 1936. Ello se compara con este mismo discurso propagandístico en el bando sublevado, una vez la guerra se prolongó tras su fracaso militar en la «batalla de Madrid». La propuesta aquí sostenida es que la distinción propiamente política entre «amigo» y «enemigo» fundamentó y estableció los límites de la cultura de guerra⁵. Este fue el caso del discurso propagandístico del antifascismo en la República en guerra (De Bernardi y Ferrari, 2004).

2. La representación del «enemigo» en el antifascismo

En la defensa del orden legal republicano, la guerra produjo una amalgama de culturas políticas precedentes, de sus discursos, símbolos y gestos, como había sucedido en la competencia electoral previa del Frente Popular. La compleja realidad sociopolítica de los partidos y las organizaciones que permanecieron leales al gobierno republicano del Frente Popular tras el golpe de Estado quedó entramada en una común y general identificación antifascista. La llamada a la unidad tamizó inicialmente las diferencias políticas y animó a la defensa de la República. La propaganda de guerra formó, así, una común representación colectiva, cuya unidad acabaría resquebrajándose a partir de mayo de 1937.

Ante los sucesos del golpe de Estado, el «pueblo» fue presentado inmediatamente en la prensa como el único protagonista colectivo de la resistencia de quienes luchaban por España⁶. En aquellas circunstancias, como rezaban los editoriales del diario *El Socialista* al día siguiente del estallido de la sublevación militar, la esencia del «pueblo en armas» en defensa de la República era la clase obrera, que ya diese el triunfo electoral al Frente Popular y ahora permanecía leal y alerta⁷. De este modo, en torno a la idea de «pueblo», el binomio lealtad/traición articuló inmediatamente el discurso político del antifascismo. Bajo el lema: «El pueblo, en pie!», se afirmaba en el mismo periódico que la nación española era la que sufría la traición al cometerse un delito de lesa patria de manos de la conspiración fascista⁸. Pero bajo el oficio militar de quienes con deslealtad se habían rebelados, ¿quién era el «enemigo»? En el mismo diario socialista se señalaba que, con el propósito de atentar contra la democracia y la ciudadanía, consistía en un atentado del Ejército y la Iglesia, como una fórmula fascista, contra la España progresista; se trataba de la vieja sociedad, reaccionaria:

«Los militares sublevados conocían exactamente el alcance de su deslealtad. Y era éste: extinguir la democracia y poner las dignidades ciudadanas, de tan duro y acrisolado logro, bajo la bota cuartelera y el mugriento bonete jesuítico, con arreglo a una fórmula fascista, que liquidara definitivamente el rango de España como nación libre y progresiva. Los confabulados eran todos los miembros de la vieja y podrida sociedad; los agarrados al país para succionarlo sin correspondencias vitales».

Se contraponía, así, dos patriotismos: el puro del pueblo y el falso de los militares sublevados⁹. Los rasgos de tal perfidia del «enemigo» eran no solo la deslealtad, sino también la hipocresía y la cobardía de quienes decían levantarse en armas en defensa de la propia República¹⁰. El «enemigo interno» era estigmatizado, de este modo, por su deslealtad y la traición al orden legal, su identificación con la vieja sociedad encarnada en el Ejército y la Iglesia, y su doblez, hipócrita y cobarde. La polarización entre «amigo» y «enemigo» era representada arraigada en

³ En esta dirección interpretativa se ha destacado que la guerra civil estuvo modelada tanto por las tensiones políticas como por las relacionadas con las actitudes y las percepciones de los acontecimientos que tenía la población dentro de un sistema de significados compartidos, de valores y de formas simbólicas con que se expresan. Véanse las contribuciones reunidas en Ealham y Richards, 2010.

⁴ Acerca de la noción de «cultura de guerra» en relación con la Primera Guerra Mundial en Francia, véanse las precisiones que hiciesen Becker y Audoin-Rouzeau, 1994 y 1997: 251-271, en la que la cultura de guerra era definida como «el campo de todas las representaciones de la guerra forjadas por los contemporáneos: de todas las representaciones que se dieron a sí mismos de la inmensa adversidad, durante esta inicialmente, y luego después de esta». Sobre la aplicación de este concepto a través de la propaganda de guerra francesa dirigida a los niños, véase Audoin-Rouzeau, 1993.

⁵ La diferenciación entre el «amigo» y el «enemigo» como criterio autónomo –podría decirse que a modo de «categoría» básica–, que no deriva de ningún otro, fue establecida por Carl Schmitt en «El concepto de lo político» [1927¹, 1933³], en Schmitt, 1941: 111. Para C. Schmitt, se debe entender que «el enemigo es, en sentido singularmente intenso, existencialmente, otro distinto, un extranjero, con el cual caben, en caso extremo, conflictos existenciales» (Schmitt, 1941: 112). Sobre la imagen del «enemigo interior», véase para el caso de la vida política italiana del siglo XX, Ventrone, 2005 y 2006. Para el caso español, hay que citar Núñez Seixas y Sevillano Calero, 2010 y Domínguez Arribas, 2009.

⁶ Véase, al respecto, Núñez Díaz-Balart, 1989 y 1992, y Rojo, 2011.

⁷ «Con voluntad de defensa, el pueblo invencible», *El Socialista*, Madrid, 19 de julio de 1936.

⁸ «¡Diez veces traidores: a España y la República», *El Socialista*, Madrid, 19 de julio de 1936.

⁹ «Los dos patriotismos: el del pueblo y el de los militares traidores», *El Socialista*, Madrid, 21 de julio de 1936.

¹⁰ «Una traición doblada y vergonzante», *El Socialista*, Madrid, 22 de julio de 1936.

un problema secular, en una lucha dramática en la vida de España: oligarquía contra democracia, militarismo contra política, pretorianismo contra civilidad. Frente a la agresión a la República, de quienes eran tachados por su conducta subalterna, sórdida y miserable, se alzaba el «milagro» de las milicias armadas, en las que todo era «fe». Se trata de la batalla histórica de un «pueblo» por su libertad definitiva. Esta causa era, así, «sacralizada» mediante la oposición ambivalente entre el bien y el mal¹¹. En un editorial del diario barcelonés *La Vanguardia*, que había sido incautado por la Generalitat de Cataluña, se afirmaba que el «pueblo» aseguraría, como comunidad ideal, el triunfo de la legalidad en aquel lance:

«El pueblo, al sentirse agredido en sus instituciones, al ser amenazado el conjunto de realidades políticas que supo conquistar con su esfuerzo, y al sentir instintivamente el peligro de ver naufragar todas sus esperanzas, en el dramático trance que él mismo no pudo evitar, puesto que se le vino encima bruscamente, ha reaccionado con leonino furor. Pocas veces se habrá visto una decisión más unánime en las masas populares, un tan resuelto espíritu de sacrificio y una tan temible voluntad de triunfar o sucumbir. Por esto su decisión ha sido arrolladora. Nadie puede nada contra un pueblo que se defiende bravamente, y menos todavía, si al propio tiempo, defiende la legalidad»¹².

Pero no solo el discurso propagandístico se articuló en base a la tensión de la antinomia binaria entre «amigo» y «enemigo», y la estigmatización de este por su felonía, sino a través de la instrumentalización de los mitos históricos que habían forjado la identidad nacional. De esto modo, toda retórica de movilización que apela a la nación se estructura mediante la articulación de tres elementos temporales en el devenir de una comunidad: (i) la situación agónica de un presente degradado como consecuencia de la ruptura de la unidad y la integridad patria por una serie traumática de eventos; (ii) la apelación a un pasado glorioso, a la nación original que existió una vez como comunidad pura, unida y armoniosa; y (iii) un futuro utópico, cuando la nación revertirá, a través de la acción colectiva, las condiciones que han causado su actual degradación y se recuperen sus esencias armoniosas del origen (Levinger y Lytle, 2001, y Núñez Seixas, 2006, para el caso de la guerra civil española). La resistencia del pueblo, como encarnación de la patria, era exaltada precisamente desde el recuerdo histórico de la Guerra de Independencia de 1808 (Álvarez Junco, 1996; Demange, 2004; Peiró Martín, 2009 y VV.AA., 2007). Tras ser incautado y convertirse en el órgano de Unión Republicana con el subtítulo de *Diario Republicano de Izquierdas*, el periódico madrileño *ABC* tituló «Segunda Guerra de Independencia» su editorial del 25 de julio de 1936. En este artículo editorial se precisaba: «España está frente a su segunda guerra de Independencia. Más triste, más amarga que la de 1808, porque allí se iba contra extranjeros, y hoy, por una traición odiosa, el pueblo ha de enfrentarse con hombres nacidos en España, pero que renuncian a todo nexo con la noble ideología patria, ganosos de convertirnos en una colonia del más repugnante fascismo negro»¹³. En la resistencia contra la felonía que había provocado una guerra civil, se alzaba victorioso una vez más el pueblo, reserva de la regeneración nacional:

«Hoy se comprueba, una vez más, el aserto de Ganivet: la gran obra de España es la obra del pueblo. Y es el pueblo quien hoy, en forma quizá única en los anales de la Historia, reduce a la impotencia todo el poderío de un ejército enderezado a destruir la legalidad y a envilecer la civilización política española. Grande es todo lo hecho por nuestro pueblo desde 14 de abril; pero la epopeya de hoy es tan grande, que ni siquiera puede borrar su epicismo la gesta de la otra lucha por la independencia».

La imagen del pueblo en la prensa republicana fue perfilada, así, con los trazos que el regeneracionismo de fin de siglo bosquejó para revitalizar su idea. En el editorial «Horas críticas y magníficas», del mismo periódico del día siguiente, 26 de julio, se comentaba:

«Al fracaso de la política militar de la República, por excesiva generosidad, sin duda, se une el fracaso del tradicional escepticismo político que arranca ya del organizador de la ominosa restauración de Cánovas, el más odioso y el más inteligente de los que levantaron el tinglado de las ficciones, corrompiendo la conciencia nacional de España, en la que no creía, y fomentando todas las concupiscencias y bajos egoísmos, modelando una mezquina burguesía, farisea, estrechamente positivista y escéptica. Ávidamente escéptica, como sus cultivadores políticos. Ni la generación del 98, con mucho más espíritu crítico que creador, ni los aislados renacimientos españoles, más individualistas que generosos, ni la apresurada y vertiginosa vorágine histórica de los tiempos presentes, han logrado alterar el patrio bloque, de esa amalgama social burguesa, que sólo ha sido progresiva en sus defectos: acentuación de su soberbia, de su intransigencia, de su egoísmo feroz, tan profundo como limitado y poco inteligente con un desolado mal gusto progresivo ya en plena barbarie, fomentada por su Prensa, por su teatro y por sus corifeos políticos. Era ya incompatible con el pueblo y con los tiempos modernos. Y esa incompatibilidad hondamente irreducible, no la hubiera

¹¹ «Un gran problema histórico en liquidación», *El Socialista*, Madrid, 23 de julio de 1936.

¹² «El triunfo de la legalidad», *La Vanguardia*, Barcelona, 22 de julio de 1936.

¹³ «Segunda Guerra de Independencia», *ABC*, Madrid, 25 de julio de 1936.

borrado, aunque otra cosa crean ellos, un pasajero vencimiento que hubiera venido a engrosar nuestros desolados infortunios históricos»¹⁴.

Esta polarización social mutaba socialmente, en último término, al pueblo –cual ente colectivo imbuido de altas virtudes regeneracionistas– en el proletariado, resurrección de la raza española:

«Dichosamente para nuestro país, para nuestra raza y para el holgado y glorioso destino del porvenir de España en el mundo, un pueblo pujante, heroico, esencialmente noble y con una gran sensibilidad forzosamente contenida, organizándose, acreciendo su conciencia e ilustrándose, con un grande y continuo esfuerzo, en lucha contra penurias económicas y con el consuetudinario escepticismo de muchos conductores políticos, recogedores de la funesta herencia escéptica.

Pero a nosotros y a muchos españoles, sin necesidad de ser más avisados para ello, no nos ha sorprendido lo más mínimo la actitud de nuestro glorioso pueblo, que ya demostró en la rica y fértil Asturias, cuanta era su amplia capacidad de heroísmo, de nobleza ingénita y de abnegado valor. No tienen en contra suya ni un desmán, ni un acto en que no resplandezca la honestidad y el temple.

De los maleantes de oficio, que aprovechan el *río revuelto* no puede tener ninguna responsabilidad el pueblo, que castiga el desmán apenas lo advierte.

Y ese pueblo, ese viril y poderoso proletariado, en el que está la resurrección de nuestra raza, abre, con su actual ingente gesta heroica, un amplio cauce al porvenir de España».

Frente al «pueblo», el «enemigo» de clase, vilmente explotador. El dramaturgo Jacinto Grau, en el artículo de opinión «La caducidad en la lucha», que se publicó el 29 de julio en *ABC*, denunció la podredumbre moral de las derechas españolas, que redujo a una casta militar y una oligarquía financiera, terrateniente y de negocios, ahogándose cualquier ideal en sus elementales impulsos reaccionarios en defensa del privilegio:

«Todo el contenido moral derechista y fascista, en cuyo contrahecho ideario se apoya el siniestro intento reaccionario que está ensangrentando nuestro solar hispano; toda la podrida y gastada ideología práctica, paupérrima, decrepita y ferozmente cerril, que sirve de enseña a nuestra política derechista, no se diferencia ni un ápice del programa político de un Calomarde o de un Narváez. No hablo de ideas, porque nuestras derechas activas de combate (militares fosilizados, financieros, terratenientes, hombres de negocios turbios) desconocen toda función espiritual, por modesta que sea. Todas esas derechas se irán de la vida, y habrán transitado por ella, sin saber qué sea una idea, ni más emoción que la puramente animal, de impulsos elementales, arrebatos de venganza, codicia de goces puramente físicos y groseros, bajo instinto de conservación y un afán de privilegio a ultranza, sordo a todo sentimiento de justicia y a todo conato de comprensión»¹⁵.

La marcada afección y sumisión clerical de las derechas españolas, cegadas en la defensa de sus privilegios de clase, era la diferencia incluso con los otros fascismos europeos, según el mismo articulista:

«En los otros fascismos europeos hay, más o menos amañadas para alucinar la opinión, unas cuantas ideas de bárbaros geniales con prestigio intelectual, apoyadas en una exacerbación de sentimientos patrióticos y nacionalistas, nacidas del angustioso estado de un mundo amenazado de una guerra apocalíptica, que pone en riesgo lo mejor de una gran civilización histórica, con momentos pretéritos de una luminosidad cegadora, como el siglo de Pericles. Mas esas derechas gobernantes, en algunos pocos países exponentes de la profunda y trágica crisis capitalista, no obedecen a ninguna Iglesia, ni confesión determinada. Pero nuestras derechas españolas, las activas, las que van sin máscara y quieren el Poder, no son más que una defensa, vaticanista y jesuítica, sin otra apetencia que seguir usufructuando la riqueza que detentaban, limitándola hasta la esterilidad, cerradas a todo ideal que no sea el de sus cajas defendidas por la fuerza, indiferentes a todo sentir ajeno al de su propia conveniencia inmediata, aunque señoreen continuamente con el cínico impudor de la inconsciencia las palabras de Patria, España y Cristo Rey».

El fascismo español no se disfrazaba y, en el poder, sería «colonia servil de la Iglesia, instrumento ciego de todas las más bajas venganzas, por crueles y horribles que fuesen, explotación del trabajo humano rayana en lo que hicieron con los negros del Camerún unas cuantas Empresas exportadoras del caucho, olvidando completamente, no eso que se llama “sentimientos cristianos”, sino el más elemental derecho de la dignidad humana, que ellos creen vinculada en una casta poseedora, opresora y feroz, o sea ellos mismos, en su clase».

Contra semejante enemigo de clase, en la lucha antifascista, la representación recurrente del pueblo patriótico en armas fue siempre central en la propaganda republicana, habitualmente imbricada como ya se ha señalado con

¹⁴ «Horas críticas y magníficas», *ABC*, Madrid, 26 de julio de 1936.

¹⁵ Grau, J., «La caducidad en la lucha», *ABC*, Madrid, 29 de julio de 1936.

el imaginario de la Guerra de la Independencia. La continuidad de la lucha contra el absolutismo era ensalzada por el periodista Augusto Vivero, a la sazón director del diario republicano *ABC*, en el artículo «Batalla tradicional y castiza», publicado el 30 de julio:

«En realidad de verdad, lo de ahora no es lance desengarzado de la tradición. Es que prosigue la lucha iniciada contra el liberalismo al votarse la ley constitutiva de 1812. Los “negros, serviles, apostólicos” de antaño, llámanse ahora fascistas. La corteza de sus pensamientos parece nueva, porque encubre con materiales de importación el viejo núcleo absolutista de la Iglesia española, extranjerizada desde que una extranjera, la mujer del conquistador de Toledo, impuso a España el misal romano. Pero el fondo no varía. Por eso ha podido apreciarse ahora que apenas existen discrepancias de conducta entre los ex generales facciosos de hoy y los clérigos trabucaires que decían a D. Carlos: “Los brutos pondremos a Vuestra Majestad en Madrid”. La tradición no se ha roto. El absolutismo clerical, fanático, abestiado, sigue invariable. Desde Fernando VII al bienio negro. Y es el que, a la sazón, ha saltado como una fiera contra las libertades de España»¹⁶.

Un pueblo que se constituía, al derramar su sangre, como comunidad esencial y decisoria en República, régimen del pueblo, siendo la lucha contra la rebelión militar y todos sus espectros políticos, sociales e históricos un nuevo momento constituyente. Tal identificación, explícitamente formulada en el artículo primero de la Constitución de 1931 —que proclamaba que España era una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organizaba en régimen de Libertad y de Justicia—, era señalada por el periodista Benito Artigas Arpón, quien fue diputado del Frente Popular por Unión Republicana en Soria, en el artículo «El mal ejemplo consecuencia del bueno», aparecido en *ABC* el 4 de agosto de 1936. En su opinión, era aquél el momento patriótico, y realmente constituyente, en el cual se estaba ganando la República, quedando el 14 de abril nada más que como una fecha:

«Estos días son de angustia, de emociones atropelladas, de sobresaltos patrióticos, de sacrificios innumerables, realizados cara al destino por una juventud y una madurez españolas que se ofrecen sonrientes en holocausto de un ideal de libertad, denominador común de todos los combatientes leales: fuerzas del Estado y milicias ciudadanas. En el inmenso horno encendido por la criminal vesania de unos jefes y oficiales que querían hacer del brazo armado de la Patria un Ejército pretoriano, se está fundiendo el régimen político español, que, por amasarse con sangre del pueblo, será inexorable y definitivamente el régimen del pueblo. Y logrado con esfuerzos heroicos, hecha su soldadura al fuego del alma nacional, la República que salga de esta epopéyica contienda será indestructible»¹⁷.

Se sellaba, con la sangre derramada en el fragor de la pugna entre absolutismo y libertad, la alianza del pueblo y la República. Según el editorial «Nuestra España, soldado de la libertad», publicado en el mismo periódico el día 8 de agosto, estaba sucediendo: «Un duelo a muerte entre cierta concepción absolutista, que sucumbe asfixiada por la amistad de los pueblos libres, y el espíritu de progreso que tiene en la España republicana uno de sus mejores reductos europeos»¹⁸. Porque la causa de la República española era común a los intereses de la civilización política, de los propios de otros países democráticos:

«La conciencia universal ha discriminado muy bien que esto no es simple episodio interno de una nación. Ve a las claras que aquí se litigan intereses comunes al patrimonio universal de civilización política. Que el golpe faccioso asestado a la voluntad colectiva de nuestro pueblo es algo de mucha trascendencia para los otros países democráticos. En la lucha del fascismo contra el espíritu de los tiempos, España es un combatiente al que se busca destruir para que otras rutas queden abiertas al asalto contra la Libertad. Y esto lo advierte el mundo. Y por ello, España, soldado de la Libertad y del orden democrático, tiene tras sí el todopoderoso estímulo de la adhesión mundial».

En aquella epopeya del pueblo en armas, el diario barcelonés *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT, remarcó el sentido de lucha de clases de aquel conflicto revolucionario al apelar también al debido apoyo de la pequeña burguesía a la nueva sociedad que se estaba gestando, pues su lugar se hallaba en las filas de la clase trabajadora, y no como masa de los movimientos fascistas, como había ocurrido en toda Europa:

La clase media acostumbra a perder el rumbo. No disfruta de una personalidad propia de clase. Sus intervenciones en el terreno político y social acostumbran casi siempre a favorecer a las finanzas.

[...]

Emplazada entre el capital y el trabajo sufre las arremetidas de las dos clases por no decidirse a sumarse a la clase de donde partió [...]

¹⁶ Vivero, A., «Batalla tradicional y castiza», *ABC*, Madrid, 30 de julio de 1936.

¹⁷ Artigas Arpón, B., «El mal ejemplo consecuencia del bueno», *ABC*, Madrid, 4 de agosto de 1936.

¹⁸ «Nuestra España, soldado de la libertad», *ABC*, Madrid, 8 de agosto de 1936.

Pero ocurre algo de mayor trascendencia social. La pequeña burguesía al verse acogotada por los burgueses de superior envergadura, y por las reacciones violentas del proletariado contra sus explotadores, adoptan una actitud de energía, que llega a cobrar ribetes de tormenta tempestuosa.

El fascismo es alimentado por la pequeña burguesía cuando ésta cree que ya no puede continuar sobrellevando el papel de medianero que ocupa en la disposición de los estratos sociales. Recurre a un léxico demagógico para intentar anular a la burguesía que la asfixia y al proletariado que la mantiene a raya¹⁹.

En una situación de guerra, el «enemigo interno» también permanecía oculto en la retaguardia, que debía estar limpia de enemigos «fascistas», actuando unido y con todos los medios el proletariado para su derrota²⁰.

La traición, el latrocinio, la hipocresía, la cobardía, el terror eran propios de semejantes enemigos, un grupo de generales reaccionarios que se había aliado «a las fuerzas representativas del pasado vinculadas a un señoritismo degenerado y procaz, encarnado en la canalla fascista, que de la mano de un clero trabucaire, fanático y criminal, representante de la tradición sangrienta, de la Inquisición, van arrasando los pueblos por donde pasan, cometiendo crímenes horrendos, sólo posible de concebir en imaginaciones perversas o faltas de todo sentido humano», según comenzaba denunciándose en el manifiesto del Comité Central del Partido Comunista, publicado en su órgano central de prensa *Mundo Obrero* el 18 de agosto de ese año 1936. Sobre los contrapuestos intereses y las diferencias políticas y sindicales en la República en guerra, la idea de unidad frente a la agresión de los enemigos informó el lema de este manifiesto: «¡Contra los promotores de la guerra, unión nacional de los que anhelan una España grande por su cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y de bienestar!». El discurso antifascista remarcó la connivencia de los enemigos traidores con la injerencia externa del fascismo, pues resistían porque esperaban, de los compromisos contraídos con potencias extranjeras, una intervención que transformara España en una colonia fascista, para acabar luchando contra los países democráticos, en primer lugar, la Rusia socialista. Por ello, la lucha había tomado carácter de «guerra nacional» en defensa del pueblo traicionado:

«De nada les ha de servir la resistencia: la lucha en los primeros momentos pudo tener solamente el carácter de una lucha de la democracia y el fascismo, entre la reacción y el progreso, entre el pasado y el porvenir, ha roto estos marcos para transformarse en una guerra santa, en una guerra nacional, en una guerra de defensa de un pueblo que se siente traicionado, herido en sus más caros sentimientos; que ve su patria, su hogar, el lugar donde reposan sus mayores en peligro de ser desgarrados, arrasados y vendidos al Extranjero. ¡La independencia de España está en peligro!»²¹.

La petición de que la unidad se hiciese más estrecha todavía, entre el Frente Popular y los trabajadores, debiéndose organizar la guerra con la perspectiva de una lucha larga, fue resaltada a propósito de las reacciones a este manifiesto en el editorial «La unión en la guerra nacional», del periódico *Mundo Obrero* del 20 de agosto:

«España entera, sin distinciones ideológicas ni diferencias partidistas, la verdadera España, la que se agrupa caudalosamente en los partidos del Frente Popular y las inmensas masas trabajadoras que colaboran con ellos, ha vibrado al unísono con las palabras del Partido Comunista. La magnífica expresión de unidad española, de unidad en el concepto general de la guerra y en las medidas necesarias para obtener pronto la victoria final, es precisamente lo que expresaba el documento de nuestro Comité Central y lo que constituye la fuerza invencible del pueblo español. Esta unidad, que ha arrastrado impetuosamente a centenares de miles de españoles, jóvenes, adultos y ancianos, a los frentes de combate, ha sido el factor determinante de los triunfos obtenidos hasta hoy y es ahora la garantía de la victoria final»²².

En la ofensiva militar contra Madrid, la capital se convirtió en encarnación simbólica del pueblo invencible, como se ensalzó en el manifiesto de los partidos del Frente Popular, firmado por la Comisión ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, el Comité central del Partido Comunista de España, el Comité nacional de Izquierda Republicana y el Comité nacional de Unión Republicana, que se difundió el 23 de septiembre de 1936:

«La traición más monstruosa se ha consumado ya: los fascistas han vendido a España. Con las armas adquiridas por la traición quieren ahora apoderarse de nuestro país. Sus ojos están puestos hoy ávidamente en Madrid, en la gran ciudad que le ha dado los golpes más duros y más certeros. Todos sus elementos de combate, los cañones que les han dado el fascismo extranjero, los mercenarios reclutados en los bajos fondos del crimen y

¹⁹ «La pequeña burguesía no ha de asustarse. Su misión social e histórica se halla junto al proletariado», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 8 de agosto de 1936.

²⁰ «¡Trabajadores camaradas! Aplastemos al enemigo», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 16 de agosto de 1936.

²¹ «¡Contra los promotores de la guerra, unión nacional de los que anhelan una España grande por su cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y de bienestar!», *Mundo Obrero*, Madrid, 18 de agosto de 1936.

²² «La unión en la guerra nacional», *Mundo Obrero*, Madrid, 20 de agosto de 1936.

del robo, los marroquíes, las bandas de fascistas y requetés, todo el inmundo amasijo de la traición y la barbarie lo concentran hoy contra Madrid. Pero Madrid, el pueblo invencible que los aplastó en los cuarteles y los ha diezmado en el Guadarrama, es inexpugnable. ¡No pasarán!, gritamos el primer día. ¡No pasarán nunca!, gritamos hoy. ¡Nadie en Madrid tiembla ante los aviones extranjeros! ¡Más fuerte que los aviones es el corazón de un pueblo que defiende su libertad y el pan de sus hijos! ¡Nadie retrocederá ante los cañones adquiridos por la traición! ¡Jamás estos cañones pueden abatir el pecho de nuestros combatientes! ¡A nadie asustarán los gritos salvajes de esos mercenarios que gritan desafortadamente para ocultar su propio pánico! ¡Los fusileros madrileños ahogarán esos gritos en las mismas gargantas de los salvajes que las profieren! ¡No pasarán nunca! ¡Jamás nuestras mujeres serán atropelladas por la morisma ni nuestros hombres pasados a cuchillo! ¡Madrid los vencerá siempre! **¡Madrid debe ser y será la tumba del fascismo!** ¡Cuanto más esfuerzos haga el enemigo; cuanto más fuerza acuda contra Madrid; cuanto mayor sea su empeño en atacarnos, más pronto lo sumiremos en la muerte!»²³.

Sólo cabía la unidad contra el enemigo común para ganar la guerra, como continuaba expresándose en este manifiesto:

«Todos juntos ahora, más unidos que nunca, más apretados en nuestra unión para ahogar a los facciosos. La lucha está culminando. El momento es grave. Anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos, todos los antifascistas, debemos formar un frente de acero contra el enemigo. Marchemos todos juntos, sin vacilaciones ni dudas. En el campo antifascista no reconocemos enemigos. El enemigo común, el enemigo de todos, está al frente en las mesnadas facciosas; contra él debemos ir todos férreamente unidos. Hay que cerrarle el paso. Nuestra consigna del primer día tiene que realizarse una vez más».

La obligación de su realización era entonces definitiva, pues había que ganar la guerra. En la portada del diario madrileño *ABC* de 7 de noviembre se reproducía el cuadro de José M.^a Rodríguez Acosta, mostrando a la heroína Agustina de Aragón alentando a la lucha mientras prende la mecha de un cañón. El pie de foto rezaba con un tono agónico: «LA HORA DEL DILEMA APREMIANTE HA SONADO. Defendernos con dignidad, luchando heroicamente por nuestras libertades, como nos señaló con su ejemplo Agustina de Aragón, o morir sin honor, asesinados a mansalva por los eternos enemigos del pueblo». El editorial del periódico de ese día, «¡Que nadie se desmoralice!», alentó la moral de guerra del pueblo de Madrid, su entusiasmo y espíritu tenso frente al derrotismo; había que escribir aquellos momentos de la historia con sangre y salvar la República, la libertad proletaria, la democracia y, todavía más, la dignidad y la propia vida.

La naturaleza de la causa defendida fue destacada en el periódico madrileño *ABC*, cuyo editorial del día siguiente se tituló «Defender a Madrid es defender al hombre: el hombre eterno». Se luchaba contra la amenaza de «los poderes siniestros de la España negra»: generales, moros, partidas de italianos, legionarios, aviadores alemanes, banqueros, terratenientes, arzobispos, señoritos, en general, «todos los que quieren a Madrid para hacer de España una España de mentira». La causa que se defendía era la verdad, en cuya defensa se empleó la imagen del levantamiento del 2 de mayo de 1808 en la Puerta del Sol contra los mamelucos del Ejército napoleónico. Defender Madrid era defender a España; todavía más, era defender a todos los pueblos del mundo, porque se defendía al hombre eterno, y con él la verdad, lo justo y lo bello ante los poderes de la «España negra», que «quieren apagar para siempre este resplandor de la frente del hombre con las torturas miserables de sus mentiras», como habían hecho al fusilar a Federico García Lorca, sin conseguir apagar el resplandor de su poesía eterna.

El ente colectivo del pueblo fue encarnado en un sujeto social, el proletariado, defensor de España contra el enemigo de clase, que había subvertido el Estado de derecho, democrático, y agredido la libertad. La defensa del orden legal con la sangre vertida heroicamente por las milicias hizo de la República el régimen del pueblo. Madrid era el parapeto. La consigna era que Madrid no se rendiría. El día 8 de noviembre, frente al asalto de las tropas rebeldes a la capital madrileña, el editorial del diario *El Socialista* exhortó a los combatientes a la defensa heroica ante el enemigo, lanzando, una vez más, el lema «¡No pasarán!»:

«Todavía es tiempo de gritar, como gritábamos ayer, el «¡No pasarán!». Gritarlo para ponerlo por obra, mediante el esfuerzo que ese empeño necesita. «¡No pasarán!» Hombres de poca fe: «¡No pasarán!» No, no pasarán. Es indispensable, para el rumbo de la vida española, para el porvenir de las clases populares, que no pasen. Y si esas clases cumplen con el deber que les asigna la Historia, ¡no pasarán!».

En aquellos momentos de la guerra en el frente de Madrid, la propaganda contra el «enemigo» polarizó el sentido del conflicto al esquematizar y simplificar la realidad, utilizar la memoria del pasado, difundir estereotipos y apelar a las emociones para elevar la moral de resistencia.

²³ ABC, Madrid, 23 de septiembre de 1936.

3. La imagen del «rojo»

A propósito de la distinción del enemigo, que cae en lo ideado más allá de lo real, la particular situación de guerra civil en España desde el verano de 1936 hizo que, en el discurso propagandístico del bando sublevado, se invirtiera su significado²⁴. El enemigo no lo era sólo cual contrario, sino por ser «externo» aun siendo español, según se operó en la propaganda del bando sublevado a través de pautas de extrañamiento y de estigmatización del «rojo», es decir, diferenciando y clasificándolo como «enemigo absoluto». El enemigo lo era, ante todo, por su carácter extranjero, como ocurría con el bolchevismo y el judaísmo, según se esgrimió semánticamente en un acusado y pertinaz discurso anticomunista²⁵. Ello fue expuesto en el artículo «Una definición del bolchevismo», que se publicó el 10 de enero de 1937 en *La Gaceta Regional*, de Salamanca –ciudad que era sede del Cuartel General del «Caudillo», Francisco Franco–. El bolchevismo, definido como «una dictadura de los inferiores», se caracterizaba por la mentira, pues: «Se apodera del Poder por medio de mentiras, y lo mantiene por la fuerza». Por eso, no era extraño que el judaísmo y el bolchevismo hubieran confraternizado: «El bolchevismo judío maneja la mentira con precisión y maestría». Mediante la propagación de mentiras y la corrupción, corrompía a los pueblos y se injería en la situación política de los Estados.

En una guerra civil, la desvalorización moral del enemigo se produjo convirtiéndolo en absoluto mediante su extrañamiento de lo propiamente patrio, español, por su connivencia y servilismo a tal injerencia extranjera. Esta acción de extrañamiento opera en el artículo «La fusta del Komitern», publicado en el mismo periódico salmantino el 14 de enero de ese año, en los siguientes términos:

«Cada vez que nombran a España o se denominan españoles, los simoníacos, los traidores de la colonia rusa enquistada en el dolor de nuestra Península entrañable, se estremece indignado nuestro ser entero ante la profanación de esas palabras. La palabra español, hiriente, reluciente, aguda, noble como un puñal vindicativo, debería pincharles, destrozales su lengua de maldicientes y perjuros. Y la voz sacrosanta de nuestra madre España no puede cobijar bajo su nombre antiguo y claro a la factoría bolchevique del Kremlin ni a los cipayos de la Internacional comunista. Hay vocablos augustos que se contaminan y deshacen, aplicándolos a las cosas y personas impuras, a los miasmas de la putrefacción universal.

No hay más españoles que nosotros y las víctimas de los rusos; ni existe más España dentro de la horda encadenada por el látigo del Komitern. Cuando rescatemos las tierras irredentas, otra vez palparán de gozo al sentirse reconquistadas, libres y señoras de su destino, de su historia, que es la Historia de España».

En aquella tesitura del conflicto, la apelación al glorioso pasado patrio servía para ensalzar la naturaleza esencial de la idea de pueblo: lo nacional. Tal ocurrió con la conmemoración de la Guerra de la Independencia. En el artículo «El Dos de Mayo, fiesta de Hispanidad», publicado en la edición sevillana del periódico *ABC*²⁶, se exaltaba esta celebración, que la «revolución internacionalista» en España había proscrito desde hacía años. Las circunstancias del momento eran una oportunidad para festejar el hecho de la hispanidad desde la defensa patriótica de la unidad y la independencia de España. La polarización entre esta y la «anti-España» representaba la idea más relevante, particularizando el discurso propagandístico de los sublevados, como muestra este pasaje del artículo citado:

«Todo el empeño que puso la anti España en disipar la evocación del 2 de mayo para raer más y más del alma española cuanto signifique acendramiento del sentido nacional está súbitamente neutralizado por el nuevo Estado, por la España auténtica, al restablecer con todo sus honores la oficialidad solemne de esta fiesta. El 2 de mayo, en efecto, tiene que ser en la Cruzada que está España realizando una de las ejemplaridades más subrayadas a la educación y al sentido del pueblo. Estamos luchando contra las peores maquinaciones de la revolución internacional y el 2 de mayo de 1808 es el antecedente genuino de este 2 de mayo en que los españoles sacuden, con bravura condigna de aquella prosapia, los intentos de dominación extranjera sobre nuestra alma nacional pura e indómita».

La traición al servicio de la injerencia extranjera conlleva la propia alienación, un estado de pérdida de la libertad y de separación de la tradición y el devenir de España. La inversión de sentido del término «enemigo» se produjo en consonancia con la operada en las palabras «invasión» y «guerra». Aquél era un momento del devenir histórico en que las modernas convulsiones revolucionarias habían producido un cambio radical en el concepto de invasión, tal como se comentaba en un artículo periodístico «Nuestro concepto de invasión», publicado en *La Gaceta Regional* el 29 de agosto de 1937. La noción de invasión era presentada y explicada «horizontalmente», es decir, «cuando hablábamos de invasión, entendíamos que una fuerza externa y extraña a un país determinado, era lanzada sobre sus fronteras, y penetrando en las carnes de la nación, la oprimía en su ser material y espiritual. La característica de la externidad, y mejor aún, del actuar de fuera para adentro –la horizontalidad–, era la nota cumbre que daba matiz y tono al viejo concepto de la invasión». Al producirse su cambio de significación, la invasión

²⁴ Para el caso del «bando nacional» durante la guerra civil, véase Sevillano Calero, 1998 y 2007.

²⁵ Sobre la importancia del discurso contra el comunismo y el judaísmo en la propaganda nazi, véase Waddington, L., 2007 y 2008, y Herf, 2006.

²⁶ «El Dos de Mayo, fiesta de Hispanidad», *ABC*, Sevilla, 2 de mayo de 1937, p. 5.

había de ser concebida como «vertical», o lo que es lo mismo, «la invasión que nace dentro de las fronteras de un pueblo, que germina en sus entrañas y actúa de arriba abajo»; idea que había expandido el bolchevismo mediante la propaganda.

4. Conclusión: imágenes invertidas de una guerra

El golpe de Estado de 18 de julio de 1936, y muy pronto la evidencia de una guerra civil, hizo que se exaltase, en defensa de una y otra causa en lucha, el propio «espíritu colectivo» como antítesis del enemigo. Estos discursos propagandísticos se elaboraron, en defensa de una y otra causa, sobre una misma estructura retórica, es decir, de acuerdo con una igual sintaxis de oposiciones binarias entre el «mal» y el «bien»: «el otro» cual traidor y sometido a las ansias coloniales de potencias extranjeras, en una «guerra nacional», de independencia, que también era en defensa de la civilización europea contra la barbarie. Aun estos rasgos comunes de las contrapuestas construcciones estereotipadas propias y del enemigo tanto de la República en guerra como de la «España nacional», fueron diferentes la semántica de las palabras y la pragmática del lenguaje en la propaganda y la contrapropaganda.

La prensa republicana y obrera próxima al Frente Popular propagó una común identidad antifascista en torno a la idea primordial del «pueblo» patriótico en armas, única y genuina encarnación de la República, contra el enemigo, tachado como criminal por su traición al orden legal, su agresión a las reglas del derecho. Si la representación del pueblo permaneció arraigada en el imaginario de la Guerra de la Independencia frente a la injerencia colonial extranjera del fascismo, fue reelaborada a partir de la retórica regeneracionista del pueblo como macizo de la raza, depositario de las esencias patrias frente al militarismo, la Iglesia y la oligarquía, de raigambre absolutista en la vida política de la nación. Pero sobre todo la reelaboración de la idea de pueblo como ente colectivo fue encarnada en un sujeto social, el proletario, frente al enemigo de clase, que el Estado de derecho y de progreso, la democracia y la libertad habían de derrotar. Ahora, la guerra en España, la defensa del orden legal con la sangre vertida heroicamente por las milicias, se representó como un nuevo momento constituyente, que hizo de la República el régimen del pueblo. La prolongación de la lucha obligaba a la organización del frente y la retaguardia, a la debida unidad y disciplina, aún más estrecha, del Frente Popular y las masas trabajadoras con el gobierno legítimo, y frente al «enemigo interno» también en la retaguardia. El discurso antifascista propagado procedió, así, a la construcción identitaria de un «sujeto colectivo», el nosotros, mediante la identificación de nación, república y pueblo proletario.

La propaganda insurgente no sólo invirtió el significado del término «enemigo», no sólo cual contrario, sino como externo aun español por su misma naturaleza marxista. En el discurso exacerbado del nacionalismo, la imagen del «rojo» se opuso a imágenes más marcadas y personalizadas de legitimidad carismática a través de la exaltación y el culto a la figura del «Caudillo», destacándose más bien el papel de la fuerza sagrada en el liderazgo militar y la encarnación de la patria en el héroe providencial y redentor, así como con las formas propias de la legitimidad tradicional, de acusada impronta católica a través de una visión gloriosa e imperial del pasado de la historia de España. Así, estas imágenes quedaron articuladas en una clara secuencia de regresiva eterno retorno a ese pasado mítico dentro de la teología política de la «cultura de guerra» del «nuevo Estado» franquista²⁷.

De este modo, la formalización estereotipada de la categoría de «enemigo» en la propaganda antifascista y del bando sublevado se concretó mediante dos operaciones, que sustancian la polarización entre «amigo» y «enemigo»: la estigmatización y el extrañamiento; es decir, clasificando y diferenciando y el mundo social. Como término propio del derecho penal que designa una de las penas restrictivas de libertad –la expulsión del condenado del territorio–, con la adecuación de la expresión «extrañamiento» al análisis semiótico del lenguaje propagandístico se quiere significar la acción mediante la que «el otro» es diferenciado por su condición ajena, como distante a nuestra identidad. El enemigo lo es, ante todo, por su carácter extranjero, externo, a un orden legal y a una esencia identitaria, legada por el pasado histórico.

Estos procedimientos de polarización semántica en el discurso político, junto a la superposición de la estructura temporal de pasado, presente y futuro en la regeneración y el restablecimiento de la unidad y la armonía de la comunidad nacional, constituyen los modos como la propaganda de guerra en España dio significado al conflicto, produciendo una «cultura de guerra» que pudiese articular colectivamente las percepciones e influir en las preferencias y las evaluaciones individuales. El discurso es un modo de decir que está institucionalizado, es decir, como lenguaje no sólo describe una realidad preexistente, sino que es constitutivo parcialmente de esa realidad. De este modo, como marco de referencia permite interpretar la propia experiencia individual a partir de categorías generales de conceptos.

Bibliografía

- Álvarez Junco, José (1996), «La invención de la guerra de la Independencia», *Claves de Razón Práctica*, n.º 67 (1996), pp. 10-19.
- Audoin-Rouzeau, Stéphane (1993), *La guerre des enfants 1914-1918*, París, Armand Colin.
- Becker, Annette. y Audoin-Rouzeau, Stéphane (1994), «Vers une histoire culturelle de la Première Guerre mondiale», *Vingtème siècle. Revue d'histoire*, n.º 41, pp. 5-7.

²⁷ Sobre estos mismos aspectos en la propaganda de guerra de la «España nacional», véase Sevillano, 2010 y 2017.

- (1997), «Violence et consentement: la “culture de guerre” du premier conflit mondial», en Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean-François (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, Paris, Seuil, pp. 251-271.
- De Bernardi, Alberto y Ferrari, Paolo (eds.) (2004), *Antifascismo e identità europea*, Roma, Carocci editore.
- Demange, Christian (2004), *El dos de mayo: mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia.
- Domínguez Arribas, Javier (2009), *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia.
- Ealham, Chris y Richards, Michael (eds.) (2010), *España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española, 1936-1939*, Granada, Comares.
- Herf, Jeffrey (2006), *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Massachusetts, Harvard University Press.
- Lasswell, Harold D., «The structure and function of communication in society», en Lyman Bryson (ed.), *The Communication of Ideas*, Nueva York, Harper & Row, 1948, pp. 37-51.
- Lewinger, Matthew y Lytle, Paula F. (2001), «Myth and mobilization: the triadic structure of nationalist rhetoric», *Nations and Nationalism*, Vol. 7, No. 2, pp. 174-194.
- Núñez Díaz-Balart, Mirta (1989), «Milicia popular, un modelo de propaganda para la militarización», *Revista de Ciencias de la Información*, nº 6, pp. 193-210.
- (1992), *La prensa de guerra en la zona republicana durante la guerra civil española*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel (2006), *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel y Sevillano Calero, Francisco (eds.) (2010), *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, CEPC.
- Peiró Martín, Ignacio (2009), *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Pizarroso Quintero, Alejandro (1990), *Historia de la propaganda: notas para un estudio de la propaganda política y de ‘guerra’*, Madrid, EUDEMA.
- (1999), «La historia de la propaganda: una aproximación metodológica», *Historia y Comunicación Social*, nº 4, pp. 145-171.
- Rojo, Severiano (2011), *Une guerre de papier. La presse basque antifasciste dans les années trente*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Schmitt, Carl (1941), «El concepto de lo político» [1927¹, 1933³], en *Estudios políticos*, trad. de Francisco Javier Conde, Madrid, Cultura Española.
- Sevillano Calero, Francisco (1998), *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- (2007), *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Alianza Editorial, Madrid.
- (2010), *Franco. Caudillo por la gracia de Dios, 1936-1947*, Madrid, Alianza Editorial.
- (2017), *La cultura de guerra del «nuevo Estado» franquista. Enemigos, héroes y caídos de España*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Ventrone, Angelo (2005), *Il nemico interno. Immagini, parole e simboli della lotta politica nell’Italia del Novecento*, Roma, Donzelli.
- (ed.) (2006), *L’ossessione del nemico*, Roma, Donzelli.
- VV.AA. (2007), *Sombras de mayo. Mitos y memoria de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Madrid, Casa de Velázquez.
- Waddington, L. (2007), «The Anti-Komintern and Nazi Anti-Bolshevik Propaganda in the 1930s», *Journal of Contemporary History*, Vol. 42, pp. 573-594.
- (2008), *Hitler’s Crusade. Bolshevism and the Myth of the International Jews Conspiracy*, Londres, Tauris Academic Studies.